

taciones, ya para exigirles jornadas de trabajo que duraban dieciséis horas, ya para dirimir disputas y apagar rencillas con argumentos contundentes, y en uno u otro caso para satisfacer las exigencias de sus brutales impulsos.

V. El negro bozal

*Yoruba soy,
cantando voy,
llorando estoy,
y cuando no soy yoruba,
soy congo, mandinga, carabalí...*

(Nicolás Guillén)

El término *bozal* —por oposición al de «ladino» en lo idiomático y al de «criollo» en la autoctonía— nace con el tráfico negrero, porque el inicuo negocio precisaba clasificar la mercadería humana para su expeditiva comercialización.

Bozal era el negro arrancado de su Africa natal y llevado a América sin haber aprendido la lengua del colono esclavista; como ocurrió a partir del siglo XVII, cuando el auge del tráfico, potenciado por la elevada demanda del mercado, eliminó el obligado trámite de cristianizar y «landinizar» a los bozales en la metrópoli antes de ser vendidos en el Nuevo Mundo. Ahora, en las mismas «factorías» de la costa africana, un sacerdote «bautizará» colectivamente la «cargazón» de la flota negrera a punto de zarpar hacia la otra orilla del Atlántico. Ya en su nuevo destino, será menester enseñarlos a entender las órdenes que normarán su trabajo en la ciudad. Pero si el destino de los *bozales* es el campo, pasarán a la tutela del temible *mayoral*, cuyo lenguaje cotidiano es la voz del látigo.

En su forma de aumentativo, el término «bozal» se convertía en *bozalón* y se aplicaba al esclavo muy torpe o desmañado. A todos los negros nacidos en Africa —bozales o ladinos— se les llamaba genéricamente negros *de nación* por provenir de una nación africana específica (nación yorubá, nación congo, nación achanti) en contraposición a los negros *criollos*, nacidos en el Nuevo Mundo.

La terminología del tráfico negrero daba el nombre genérico de «pieza» a cada unidad de la «cargazón». Eufemísticamente se decía también «pieza de ébano». Pero llegado a su destino el barco negrero y desembarcado el cargamento humano, se hacía una selección del *stock* atendiendo a la edad, salud y contextura de cada *pieza* con ajuste al baremo siguiente:

Muleque.— Bozal de 6 a 14 años de edad.

Mulecón.— Bozal de 14 a 18 años de edad.

Pieza de Indias.— Bozal sano, fuerte y alto; de 18 a 35 años de edad.

Matungo.— Negro anciano, de 60 ó más años.

La venta de un *negro matungo* en el mercado de esclavos, era cosa más que improbable por su bajo rendimiento laboral. Pero si un *mulecón* llegaba a *matungo* trabajando en la plantación o en el ingenio azucarero (cosa más improbable aún, pues el promedio de vida en la *negrada* era inferior a los siete años, mejor dicho: siete zafras), entonces

se le destinaba a «guardiero» (guardián) los años que le restaban hasta la llegada de esa muerte liberadora, que —según la filosofía africana— lo devolvería a su Africa natal.

Estigma de todo *bozal* era la *carimba*, marca de esclavitud hecha con hierro candente sobre el cuerpo del esclavo. El negro podía ser *herrado* en la misma factoría de la costa africana con la marca de la Compañía negrera; pero lo usual era que se le *carimbara* en América, tras ser vendido en el mercado de esclavos; entonces se le aplicaba el hierro distintivo de la propiedad de su flamante amo. Por último, se daban casos en que la marca se aplicara en el propio ingenio azucarero.

Según don Fernando Ortiz (1975: 164-5), la *carimba* consistía en una planchuela de hierro retorcido de modo que formara una cifra, letra o signo, a la cual se unía un mango con el extremo para la empuñadura hecho de madera. Para marcar a un negro se calentaba el hierro sin dejarlo enrojecer, se frotaba la parte del cuerpo donde se debía estampar la señal, generalmente el hombro izquierdo, con un poco de sebo o de grasa, se ponía encima un papel aceitado y se aplicaba el hierro lo más ligeramente posible. La carne se hinchaba enseguida y cuando los efectos de la quemadura pasaban, quedaba una cicatriz impresa en la piel que nada podía ya borrar. Comúnmente la atroz marca consistía en una «S» y un «clavo» que colocaban en el centro de dicha letra verticalmente. La *ese* y el *clavo* en un carrillo, y el *cuyo* (nombre del amo) en la otra mejilla, era la divisa del esclavo. La costumbre de *herrar* a brujas y esclavos fue practicada en España y resto de Europa hasta bien entrado el siglo XVI. Ya en el Nuevo Mundo, los primeros en ser herrados por los conquistadores fueron los indios antillanos. Ortiz emplea indistintamente los vocablos *carimba* y *calimba*: «Al *herrar* o *calimbar* al esclavo, se le ponía un nombre cristiano» (1975: 165).

Una suerte de *carimba patronímica* completaba el «bautizo» del negro con el apellido del amo, transferido a todo su negrada como refrendando la marca de propiedad. Hasta el presente subsisten en la costa central del Perú comunidades negras donde proliferan sólo unos pocos apellidos, y, coincidentemente, están asentadas en tierras que originalmente fueran de encomenderos coloniales o esclavistas criollos. En el censo de 1613 figuraba en Lima un acaudalado canario llamado Antonio Boza y Solís, marqués de Casa-Boza, con solar limeño en la calle de «Boza» y tierras labrantías en la norteña Provincia de Chancay («Baños de Boza»). Quien recorra ese fértil valle, desde Chancayllo hasta Aucallama, encontrará infinidad de negros apellidados Vázquez, Muñoz y Aparicio; y en la ciudad de Lima, los Porrás, Reyes y Elías; y hacia el sur, desde Cañete a Chincha, los negros apellidan Joya, Corona, Coronado, Castillo, Heredia, Reyna...

Otra fórmula *carimbante* —ésta a modo de gentilicio— también podía escoltar el nombre cristiano del esclavo en el supuesto caso que el amo prescindiera de endosar al negro su linajudo apellido. Entonces se recurría al probable origen tribal, factoría de procedencia, puerto de embarque o desembarque; resultando así un Ignacio *Mina*, Josef Congo, Juan *Chala*, Antonio *Lucumí* o una Juana *Carabalí*. Hibridación nominal tan frecuente en los documentos coloniales sobre casos represivos de cimarronaje, entradas a palenques y alzamientos en las plantaciones. O singulares personajes, como el peruano *Taita Briche*, el Maestro *Bañón*, profesor de baile, y el genial músico Manuel *Bañón*, autor de la marcha «La Salaverrina» o «El ataque de Uchumayo».

La campana mayor del Cuzco es la famosa «Mariangola». Según la tradición, debe

su nombre a una acaudalada negra liberta, llamada *María Angola*, la cual donó la cuota de oro precisa en la fundición de dicha campana, por lo que en reciprocidad se le bautizó con el nombre de la generosa donante, la Mariangola. Muchos de estos apellidos derivados de etnias africanas han corrompido su grafía con los años. Así, suponemos que las familias negras de Lima que apellidan Anchante bien podrían tener su árbol genealógico con un troncal *Achanti* (Ashante y mejor Ashantehene: estado confederado del siglo XVIII en la actual República de Ghana, antiguo «país del oro»). Alguien también ha sugerido que el apellido Bambarén —de prestigiosas familias limeñas— deviene de *bambara* (o *bambará*: grupo étnico sudanés, extendido desde la Alta Guinea hasta Tombuctú).

Pero volviendo al *habla bozal*, así como los negreros de las costas africanas tuvieron que inventarse una *interlingua* para comunicarse entre *mongos*, *mafucos* y *forbantes*; también en la plantación del Nuevo Mundo nació un pequeño universo vocabular —ya no mercantil sino laboral— para la comunicación entre el *bozal* y su *mayoral*. Ortiz explica:

«La ignorancia del idioma castellano por parte de los esclavos recién llegados a Cuba, y las dificultades de aprenderlo como de enseñárselo, dieron origen a una jerigonza especial para comunicarse con los bozales de las negradas en las plantaciones. Se componía de pocas palabras, formadas generalmente por la duplicación de la raíz tomada del idioma inglés, que fue durante mucho tiempo el de las factorías y el de la trata; o bien tomando el vocablo de la acción realizada, en un sentido onomatopéyico.

Brucu.— Malo, mal hecho; desaprobación.

Capiango (Voz africana, probablemente *conga*).— Ladrón.

Cucha-cucha (del castellano escucha).— Escuchar, oír.

Chapi-chapi (del verbo *chapear*: limpiar la tierra de yerba con el machete).— Chapear.

Chenche por chenche.— Trueque. Expresión anglo-negrera referente al intercambio de mercaderías. (*Chenche por chenche*. En inglés decían los africanos del oeste con los tratantes; *Changey for changey*, y de ahí se deriva nuestra popular expresión, denotando cambio de una cosa por otra. En la forma primitiva del comercio, sin monedas y al contado, *cosa por cosa*, *cambio por cambio*. Equivale al *guáfete por guáfete*, que nos da el diccionario de la Academia, y el *chuque-chuque* que según el padre De las Casas decían los indios antillanos).

Fino-fino (del castellano).— Bueno, bien hecho, muy bien; aprobación.

Fon-fon (expresión onomatopéyica —o del mandinga *fong*: «espada»)—. Castigo de azotes, azotar (dar planzos).

Guari-guari (¿del inglés *to ward*?).— Hablar o charlar.

Guasi-guasi (¿del inglés *to wash*?).— Lavar, limpiar.

Luku-luku (del inglés *to look*).— Ver o mirar. Aún se usa en el habla vulgar.

Llari-llari (del fanti, *yari*, «enfermedad»).— Llorar, tener melancolía o tristeza, padecer algún dolor, enfermar.

Meri-meri.— Estar borracho.

¡Musenga-musenga! (/Incitación/ al trabajo del corte de caña de azúcar. De las voces *conga* *Munse* (caña de azúcar) + *senga* (cortar).

Napi-napi del inglés *to nap*).— Dormir.

Ñami-ñami (onomatopéyica).— Comer, comida.

Piquinini (aunque Ortiz se remite al diminutivo castellano *pequeñín* o *pequeñito*, nosotros creemos que deriva del portugués *pequenino* (muy pequeño). Y cuando Ortiz agrega que puede